

Escritores de Luz y Sombra

aal 2729

Por ENRIQUE LAFOURCADE

CAMILO José Cela publica por estos días, semana a semana y en el diario "El País", sus memorias. Lo que he leído me parece un material flojo, lánguido y excesivamente desmemoriado. Dijérase que no le entusiasma el tema. Y eso que pocos escritores hispánicos tienen su don de lenguas, su pródiga palabra.

Yo creo que nadie debe escribir memorias. En especial, los escritores. Porque ya tienen las novelas, los cuentos, los poemas, el teatro, el ensayo, los artículos y hasta sus conferencias como los contenedores de su pasado. Contenidos mucho más ricos y en desorden creador, anti-memoriosos. Como trabaja la memoria.

El intelectual instalado en el género tiende a ordenar cronológicamente estos materiales y le resulta un batallón de datos, fechas, y un lenguaje duro, sin libertad, aherrojado en el dato exacto. ¿Datos exactos? ¿Qué importa que Cela halla nacido en tal calle, número tanto, en el año cuanto?



Hijos del relámpago

Si, como el griego postulaba, somos hijos del relámpago, los recuerdos podrían ser chisporroteos de esta electricidad viva. Las mejores memorias me parece que las han hecho clérigos retirados, médicos rurales, dueñas de casa, profesores, señoritos y grandes coquetas, sin lenguaje, contando como en una disparatada conversación verdades y mentiras. Recuerdo hoy a Teresa de la Parra, la venezolana que narra cual si hablara sola. Su "Ifigenia: Diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba" ilustra su método. Y en especial su segunda obra "Las Memorias de Mama Blanca", resulta excepcional, tierna, poética, delicadísima. "Un mundo que se fue" es el título de un libro de memorias de Lalo Balmaceda. Minucias, desórdenes, pero todo fascinante para los escarbadores de áticos y en éstos, de baúles. Entre los que me cuento. La cabeza es un subterráneo o un altílo abarrotado de cachureo, de caballitos de balancín, de muñecas sin cabeza.

Una cita inesperada

Pues bien, Camilo José Cela, en reciente entrevista publicada en "Artes y Letras", en forma por de más inesperada, cita entre los escritores latinoamericanos más importante para él a Nicomedes Guzmán. Yo creo que tuvo una iluminación. Fue una chispa.

La periodista le formula la previsible pregunta sobre los grandes escritores del Nuevo Mundo. Ayudándolo, porque Cela trata de eludir la respuesta, le cita a Vargas Llosa, a García Márquez, a Pablo Neruda. Cela responde:

...hay muchos más. También tuvieron ustedes un gran novelista al que no hicieron caso ninguno. Yo lo

conoci en uno de mis viajes a Chile. Se llamaba Nicomedes Guzmán. No le hizo caso nadie y el pobrecito se murió casi en la indigencia.

Sorprendente en el Premio Nobel 1989. Queda "la tendalá" Donoso, Fuentes, Isabel Allende, Alegría, el Rey de Macondo, el Escribidor. ¡No! A su memoria se precipita un hombre obscuro, pequeño, moreno, de no excesiva obra, un hijo de la tierra. El gallego coincidió con esta palabra escrita simple, directa, sin crema de chantilly, que le ofrecía Guzmán. Hombres de abajo, radiantes y simples.

Cuando Cela era periodista

En 1951 se celebra en Santiago el Congreso Mundial de Periodistas. Recuerdo haber visto de lejos a Cela. Me interesaba en especial otro escritor, Curzio Malaparte. Cela era entonces un hombre alto y flacuchento, de cuerpo muy estrecho y cara muy alargada y triste. No traía buena fama. Había sido "censor" en el franquismo. Santiago por esos años era el asilo contra la opresión para cientos de republicanos. Muchos de estos consideraban al periodista gallego un ser despreciable. Malaparte era también otra buena pieza, de un grandioso oportunismo; fabricaba entrevistas que luego vendía a grandes publicaciones internacionales. Corría la especie de que había inventado una muy famosa hecha a Adolf Hitler. Malaparte era desmedido, fiestero, mujeriego. Y se le notaba. Aquí enamoró a una fotógrafa muy pequeña, tímida como un pudú, a la que se llevó a vivir a su guardia en Capri. La encerró allí y casi la mata... Pero, esa es otra historia.

Ricardo Latcham hablaba pestes de Cela. Curiosamente tenían un cierto parecido físico. Cela era discreto, por esos años. Nicomedes Guzmán le fue a ver. Le regaló sus libros. Hablaron. Bebieron.

Guzmán fue reconocido

No es efectivo lo que afirma Cela. Guzmán tuvo aliento crítico, admiración de amigos y de lectores, editoriales y premios. Murió demasiado joven, cuando se preparaban obras mayores.

"Los Hombres Oscuros" lo instala en lugar de honor en algo que podría llamarse el criollismo romántico, para diferenciarlo de alguna manera del otro, el criollismo didáctico. Advértase la dedicatoria, desafiante: "A mi padre, heladero ambulante; a mi madre, obrera doméstica".

Ahora les dicen "asesoras del hogar". ¿Por qué no le puso "empleada"? En Guzmán hay una vena romántica entremezclada con su realismo de protesta social. Bueno, los románticos protestaban contra la sociedad, pero desde los salones a media luz. Guzmán sale al camino. Viene después de Mariano Latorre y compañía. Cree en la transformación del pueblo. Hay que hacerlo leer. Hacerlo escribir. ¡Libros! ¡Libros! Coetáneo de "Los Mandragóricos" a los que no entendía. De los "Angurrientistas" que le parecían unos flojos. Recuerdo haberle oído decir que "Juan Godoy era un escritor de los bares". Y no es que Guzmán desdénara el elixir que allí se ofrecía. Murió de tanto frecuentarlo. Pero sentía unos deberes. Funcionario del Departamento de Cultura del Ministerio de Educación, salía a las provincias, a las escuelas de temporada, a los encuentros de escritores, a las peñas, las literarias en medio de las otras, las del desierto; podía vérselo en el mismísimo Salar de Atacama, en Toconao, en San Pedro, prohibiendo nuevos talentos, o por remotas caletas, en desembocaduras de ríos del Sur, dictando cursos, o en Puerto Natales, o en Porvenir, predicando la cultura. Era un generoso predicador. Fue un hombre en comisión de servicios, siempre. Se quemó por los demás, sin ahorros.

El maletín de las sopaipillas

Usaba un maletín fiscal abarrotado de libros, cuadernos y —según nosotros, los "chicos del 50" divulgáramos en forma algo pícaro— sopaipillas y en tiempos de bonanza, unas patitas de chanco y una botella de tinto. En micros rurales, en camiones, en trenes, Nicomedes llegaba a las escuelitas, iba a ver al alcalde, al intendente, movilizaba las fuerzas de la zona, y producía un curso, unas lecturas, un homenaje. No se le iban las efemérides. Como Violeta Parra, solía rescatar cantoras populares, copleros y repentistas. Tenía algo de Violeta y otro tanto del gran Juanito Uribe o del magnífico Oreste Plath, gentes cuyos trabajos merecen reconocerse y divulgarse.

Crea en los "Centros Obreros" y las Sociedades de Socorros Mutuos, y los sindicatos y Mutuales. Más que para fines políticos, para desarrollar desde la raíz la cultura. Fundar revistas, colegios, crear bibliotecas. "Si los escritores no fuéramos tan jetones hace años que tendríamos una editorial nuestra", solía decir. Y al majestuoso y evangélico Homero Bascañán, hombre de mucha bondad, solía aconsejarle: —¡Pirqueña, Bascañán! ¡Pirqueña! Que si no nos morimos de hambre... Homero, otro de los luminosos hombres oscuros, señor entre sus pares. A quien abrazo.

Este fue el Guzmán de los tiempos del Cela periodista, cantor de los cien barrios santiaguinos y de los pueblos y aldeas y ciudades, y de las vidas mínimas y de algunos.

El inútil escritor

¿Para qué sirven los idiotas de la familia? Cela responde ahora, luego de obtener el Premio Nobel y casi todos los grandes premios hispánicos,

y de haber ganado fortunas. Este Cela procaz, sarcástico, puñeteramente insolente, inesperado, contesta: —...Para nada, para nada.

Cela, veo sus recientes fotos, conserva su rostro alargado, zurbaranesco, de profeta de El Greco. Pero ha echado un corpachón de marqués gallego. Se enanchó de caderas y tripa. Su "ponchera" debe estar entre las mayores de la República de las Letras.

Vamos a pensar que su afirmación es un coqueteo. Porque no hay dudas sobre la importancia de su obra que revitaliza el idioma español. Del mismo modo, en escala nacional, el accionar desesperado de Nicomedes fue importante. No consiguió la paz económica de Cela. Más vivió a tres cuartos y un repique, entre viáticos, honorarios que no llegaban a tiempo, derechos de autor cuyos pagos se desvanecían o se postergaban con prolijidad, valecitos, anticipos.

Nada de esto le importó mucho. Hasta que fue atacado por las enfermedades. Sabemos, hasta hoy, que los grandes enemigos de los intelectuales chilenos son las instituciones de Salud. No los admiten. "¡A morir a otra parte! ¡Cantaron toda la primavera, cantaron todo el verano! ¿Que están enfermos? ¡Bailen ahora!".

Guzmán cae. En los hospitales es humillado por la miseria, el dolor, las inseguridades de todo orden, y un diagnóstico de muerte prematura. Le encontré cuando acababa de salir, convaleciente. Guzmán fue regordete. Al verlo, ahora, no le reconocí. Había ido a Zig-Zag a cobrar unos derechos de autor para pagar médicos y remedios. Debe haber pesado unos treinta y ocho kilos. Amarillo, con los ojos vidriosos. Siempre con ánimo, hablaba de una revista que pensaba sacar... Estaba con migo Jorge Onfray, espíritu travieso, otro escritor que murió en medio de tris-

tezas, en un asilo de monjitas de la caridad. Cuando nos despedimos de Guzmán, luego de disminuirle los trámites para el pago de sus derechos, yo le dije: —Hasta luego, Nicomedes. Y Jorge, pícaro, me susurró: —¿Para qué le dices hasta luego? Dile adiós...

El sorprendente Mario Espinosa

Un gran amigo de Nicomedes Guzmán fue Mario Espinosa, nuestro portastandarte de la generación del 50. Transmitía con Guzmán. Solía mostrarnos un extenso ensayo que había escrito sobre su obra, y para el que buscaba desesperadamente un editor. ¿Qué pasó con ese libro?

Mario Espinosa acababa de publicar "Un retrato de David", su único libro, autobiográfico. Y había tenido una excelente crítica. Como Guzmán, Espinosa era otro ser generoso hasta la injusticia. Vivía descubriendo genios. En la Escuela de Derecho donde estudiaba sacó a la luz a varios talentos. Me hablaba maravillas de Germán Claro. Preparábamos por esos tiempos la primera antología del cuento. Espinosa llegó con trabajos de Eugenio Guzmán, de Fernando Balmaceda, de María Elena Gertner, de Jorge Edwards.

Yo no entendía el fervor de Espinosa por Guzmán. ¿Cómo un hombre exquisitamente vanguardista como Espinosa, admirador de Joyce, de Ezra Pound, podía también caer en éxtasis frente a Guzmán?

Ahora lo entiendo mejor. Eran amigos y estaban unidos por una misma acción, por un apostolado común: hacer que Chile tomara conciencia de sus riquezas. Espinosa nos presentó a Benjamín Subercaseaux. A Mariano Latorre. Como un duende, corría por la ciudad trayendo y llevando libros. En las tertulias y mentideros no paraba de hablar de tal o cual "descubrimiento". Tuvo un corazón abierto como una casa. Vivió la literatura, como Braulio Arenas, de día y de noche. Murió soñando. Yo, en mi novela "Las señales van hacia el sur", mezclé la peripecia de Espinosa de sus últimos años con la mía. Todo, transfigurado, por cierto. Era un homenaje a este Mario hipnotizado por el arte y la vida.

Necesitamos Guzmanes y Espinosas

Hoy, querrellosos, carcomidos, aquí vengo yo, después de yo, ninguno. Después de ninguno, Neruda, echamos de menos a estos escritores que se preocupaban más que de sus obras, de abrirle caminos a los demás. Descubrían a Gorki, a Tolstói, en un narrador de las provincias. Espinosa decía de cierto novelista que a su lado Joyce era un nene de pecho. ¿Que exageraron la nota? Tal vez. Pero es más digno de un hombre dar que quitar.